

insinuándole que si quería tomar el mando en jefe podía hacerlo por su carácter de condestable.

Entretanto Mr. Fouché hacía por su propia autoridad el llamamiento general que parecía haber desechado el consejo, y escribía á todos los departamentos de la frontera del Norte invitándoles en nombre del emperador á formar guardias nacionales. La circular dirigida á los prefectos y destinada á ver la luz pública apelaba al honor y patriotismo de los pueblos; decía á éstos que Napoleón había contado con ellos al dejar sus fronteras para internarse en Austria, y que no esperaba tolerasen que un puñado de ingleses insultara al sagrado territorio del imperio. Esta circular, que venía á ser como una proclama, se resentía del tono declamador de 1792, é iba indudablemente dirigida á concitar los ánimos. Otras circulares de la administración, unidas á la del ministro, indicaban los medios que habían de emplearse para hacer el llamamiento, reunir la gente, organizarla y uniformarla. Excitábase en ellas el celo de los prefectos para que obrasen con toda prontitud.

Mientras se anunciaban estas medidas de aparato, llevábanse á cabo las disposiciones, más eficaces aunque menos ruidosas, del ministro de la Guerra, pero por desgracia con menos presteza que convenía. Reinaba la mayor confusión en Amberes, donde apenas había algunos centenares de hombres entre soldados y obreros para cubrir las murallas. El rey de Holanda con laudable celo había acudido allí al momento con cerca de cinco mil holandeses, únicas tropas de que disponía y que estableció entre Berg-op-Zoom y Amberes. Extremando este príncipe sus economías por agrandar á sus súbditos, no tenía más gente armada que aquellos cinco mil hombres, cuatro regimientos que estaban en Alemania y uno ó dos batallones que guerreaban en España. Había dejado aniquilar su ejército y su armada sólo por no chocar con las ideas de sus nuevos gobernados, y al llevar al Escalda todas las fuerzas que tenía dejaba expuesta la Holanda á las tentativas de los ingleses. Este país, amigo en otro tiempo de la Francia y hostil á la Inglaterra, había cambiado completamente desde que la alianza con nosotros le había hecho perder sus relaciones marítimas, en términos que ahora miraba ya á los ingleses como sus libertadores. Lo mismo pensaba la Bélgica, por las mismas razones y además por espíritu religioso. Cualquier triunfo de los ingleses podía fácilmente determinar en Bélgica un levantamiento popular. El clero, tan influyente allí, se expresaba con vehemencia contra la dominación francesa desde el rompimiento con el papa, y todos sus individuos, á excepción del arzobispo de Malinas, que era hechura de Napoleón, dirigían sus esfuerzos en favor de los ingleses.

Llegado que hubo á Berg-op-Zoom el rey Luis, colocó sus tropas entre Santvliet y Amberes, de modo que pudiesen socorrer á esta última plaza. Bastó la insinuación que en su carta le hacía el ministro Clarke para que tomase el mando en jefe; y dando entonces rienda suelta á su acalorada mente propuso medidas que habrían trastornado prematuramente el país y causado graves daños al establecimiento de Amberes. Quería inundar inmediatamente toda la comarca desde Amberes al Escalda inferior, sumergir en los canalizos cascos de navíos, y hacer en suma para desviar á los ingleses casi tanto daño como pudiesen ellos mismos causar.

Consiguió el comandante Decaux, que era hombre de gran juicio y muy entendido en su ramo, calmar la efervescencia del rey de Holanda; dedicóse á mejorar el estado de defensa de los fuertes de Lillo y Liefkenshoek, hizo inundar sus fosos para dejarlos inaccesibles, dejó para más adelante la inundación de Amberes, púsose de acuerdo con el almirante Missiessy para establecer varias estacadas en el Escalda, hizo reparar los muros de Amberes é introducir por fin cierto orden en las medidas de defensa. Fueron llegando entretanto unas tras otras varias porciones de las medias brigadas tercera, cuarta y sexta, los aduaneros, el cuerpo de gendarmes y la guardia nacional, y ya el 10 ó el 12 de agosto había de ocho á diez mil hombres, aunque mal organizados, suficientes para cubrir la guarnición de la plaza. Los ingleses felizmente se habían obstinado en rendir á Flesinga. Llegaronle al general Monnet unos dos mil hombres antes de quedar atajado el Escalda occidental, y aunque no pudiese resistirse hasta lo último, por lo menos daba tiempo para organizar la defensa de Amberes. El general Rousseau por su parte, asistido ya de la media brigada primera y alguna fuerza de guardia nacional escogida, seguía ocupando la orilla izquierda del Escalda en la isla de Cadzand. Así se iban contentiendo los progresos del enemigo, que era lo suficiente para frustrar la expedición británica. La escuadra se había libertado de los ingleses; Amberes iba siendo para ellos de más difícil acceso á cada instante; sólo Flesinga estaba expuesta á caer en su poder, si bien era de esperar que fuese su único trofeo.

Cuando recibió Napoleón por correo extraordinario la noticia de la expedición de Walcheren no demostró la menor sorpresa, porque ya se esperaba una tentativa en las costas, y previéndola había dejado en Francia las dos medias brigadas provisionales de París, las tres del Norte y algunas compañías de artillería, que no necesitaba de una manera indispensable. No se sorprendió pues; pero aún se alarmó menos, porque adivinó desde el principio la importancia de aquella expedición, y se persuadió de que, á excepción de algunos gastos, todo el daño sería para los ingleses, que serían inútilmente víctimas de la fiebre sin apoderarse de Amberes ni de la escuadra, á menos que ésta fuese mal dirigida. Si hubiera sabido considerar su posición con más desinterés, habría visto sin embargo que aquella expedición daba á su gobierno un golpe asaz trascendental, porque ponía en evidencia los escollos de una política, que con trescientos mil hombres en España, trescientos mil en Alemania y cien mil en Italia no tenía un soldado para custodiar á Amberes, Lilla y París.

Es muy de notar que su opinión al principio no coincidió con la de los que creían pensar como él (1). Tanto

(1) En este singular acontecimiento de Walcheren, lo mismo que en todos, me abstengo de suposiciones y conjeturas. Escribo teniendo á la vista documentos auténticos, como las correspondencias de Napoleón, Clarke, Fouché, Cambaceres y Decrés, y las Memorias inéditas de Cambaceres; y robustecido con estos datos, hasta hoy ignorados, puedo rectificar los pueriles errores difundidos sobre este importante suceso. Uno de ellos es el atribuir la caída de Mr. Fouché al hecho de haber convocado la guardia nacional y nombrado para mandarla á Bernadotte contra las órdenes y voluntad del emperador. Sucedió todo lo contrario. Es verdad que pasado algún tiempo empezó Napoleón á censurar la conducta de Mr. Fouché por haber formado la guardia nacional, pero

el general Clarke como el archicanciller Cambaceres habían supuesto que el emperador no aprobaría ni la reunión de la guardia nacional ni el nombramiento del mariscal Bernadotte; pero habían errado en su cálculo, porque sin embargo de que á Napoleón no le agradaba valerse del paisanaje discutidor, que siempre pone condiciones cuando algo se le pide, ni se le podía ocultar la ira que contra él cobijaba el corazón del príncipe de Ponte Corvo, no obstante sabía sacrificar sus recelos y antipatías cuando mediaba algún interés capital. En primer lugar no tenía cabal noticia sobre la importancia de la expedición de Walcheren, y aunque entreviese su resultado definitivo con la sagacidad que le era característica, no estaba exento de todo recelo al oír hablar de cuarenta ó cincuenta mil soldados ingleses, cuyo valor le había enseñado á apreciar la guerra de España. No creía poder menospreciar á unos enemigos como aquéllos, y sobre todo no quería que al presentarse se les mirase con indiferencia. Deseaba por lo tanto que la nación francesa hiciese alarde de su indignación á la primera señal y se mostrase impaciente por despedazar al enemigo insolente que osaba violar el territorio del imperio. Quería que apareciesen reunidos el ardoroso entusiasmo de 1792 y el orden profundo de 1806; pero ¿quién es capaz de asimilar cosas tan contrarias? El poder, no obstante, á medida que se va perpetuando se va haciendo más indulgente consigo mismo, sin que de esta debilidad se eximan los más grandes soberanos, porque la lleva consigo la misma duración. Así Napoleón, aunque empezaba ya á cansar á su nación y aunque la evidencia de su ambición daba á las guerras que había emprendido una significación que le era muy poco favorable, creía que todo se le debía; que todos los franceses tenían obligación de alzarse en masa al primer amago provocado por sus desaciertos, y además se había formado la preocupación, aunque preocupación de hombre de genio, de que un gobierno que sabe puede hacer de una nación todo lo que quiera. Le disgustó por esto que sus ministros no hubiesen hecho desde el primer apareamiento de los ingleses en el territorio del imperio un llamamiento á toda la nación francesa, excitado su entusiasmo y reclamado su abnegación y sus sacrificios. Creyó que habían debido y podido hacerlo, y censuró su singular indiferencia. Parecíale necesario, y esto no era ya fragilidad sino consejo de muy alta razón, escarmentar á los ingleses de expediciones semejantes, anonadándolos á fuerza de embates populares. Miraba utilísimo en las actuales circunstancias el probar á los austriacos, con los cuales estaba negociando, que toda la Francia estaba con él; y por último, si quiere saberse otro motivo de su conducta, francamente manifestado en sus cartas, deseaba hacerse con gente nueva por empezar á faltarle mozos sorteables, sacando de un gran levantamiento voluntario sesenta ú ochenta mil guardias nacionales, que después de alistados retendría

de su correspondencia se deduce con toda precisión el momento y el motivo de este cambio de opinión. Ya lo haremos ver en su lugar oportuno. Por lo tocante á los hechos militares de la expedición, la voluminosa instrucción practicada en Inglaterra y la correspondencia del ministerio de la Guerra en Francia nada dejan que desear. Estos son los materiales de que me he valido, después de compulsados cuidadosamente, para rectificar los errores en que han incurrido los historiadores contemporáneos.

(N. del A.)

él en las filas y convertiría en reclutas sobresalientes, puesto que serían todos de veinte á treinta años. Reconvinó, pues, muy agriamente al general Clarke y al archicanciller por su prudencia excesiva, y aún más que á éstos todavía reconvinó á Fouché y á Decrés, por no haber insistido en la opinión que habían formulado. Escribió á unos y á otros que no comprendía la causa de sus fluctuaciones; que á la primera señal debían haber armado sesenta mil guardias nacionales, convocado el senado, echado mano de él para dirigir su voz al país entero y probado que detrás de los ejércitos que guerreaban lejos de allí había una nación dispuesta á sostenerlos y á suplir su ausencia en todas partes. Si se comparan estas ideas con las que se le han atribuido en todas las narraciones contemporáneas, se verá cuán pocas veces dice la verdad la historia.

Lejos de mostrarse resentido con Mr. Fouché por haber tratado de concitar el espíritu nacional, lo que le echó en cara Napoleón fué no haberlo hecho con más eficacia. Por lo tocante á la elección del comandante en jefe, demostró cuán superior era su juicio á sus pasiones cuando un interés capital lo reclamaba; pues á pesar de la aversión profunda que le causaban la vanidad, la ambición y todo lo del mariscal Bernadotte, y aunque adivinaba claramente todas las traiciones presentes y futuras que cobijaba su alma, sin embargo, juzgándole único hombre capaz de tomar el mando entre todos los que se hallaban próximos al teatro de la expedición británica, sintió sinceramente que no se le hubiera nombrado general en jefe de las tropas reunidas en el Norte. Desaprobó que sus ministros no hubieran echado mano de él, y les mandó que si era tiempo todavía se le confriese sin demora el mando. Condenó con la misma vehemencia la idea de ofrecer dicho mando al rey Luis. Empezaba á impacientarse viendo que en el gobierno de Holanda seguía su hermano un interés mezquino, tolerando el contrabando, favoreciendo las relaciones clandestinas con Inglaterra, abandonando la causa común del bloqueo continental y abundando por fin en un sistema de economías grato á los holandeses, pero que arruinaba su ejército y su marina. Exagerándose la oposición de su hermano á la política imperial, llegó hasta el punto de desconfiar de él, y reconvinó á sus ministros por no haber conocido que el rey Luis había de mirar en aquella ocasión más por Holanda que por Francia, y que por librar á Amsterdam consentiría que los ingleses tomaran á Flesinga ó pegasen fuego á Amberes. Nada más injusto sin embargo, pues en aquel mismo momento acudía el rey Luis en defensa del territorio francés, y para cubrir á Amberes dejaba desguarnecido á Amsterdam. De todos modos, Napoleón, irritado por una correspondencia con su hermano que iba agriándose más cada día, vituperó la confianza que se había puesto en él, y uniendo el sarcasmo al vituperio escribió á sus ministros estas palabras: «¿Han elegido ustedes á Luis porque lleva el título de condestable? También Murat se titula grande almirante, y ¿qué dirían ustedes si yo le confiase el mando de una escuadra?»

Hechos estos arreglos, adoptada la convocación de los guardias nacionales y designado el mariscal Bernadotte para el mando en jefe, dictó Napoleón sobre la conducta que había de observarse instrucciones admi-

rables por su prudencia, habilidad y previsión. «No intenten ustedes, escribía á sus ministros, venir á las manos con los ingleses. *Un hombre no es un soldado* (1). Esos guardias nacionales, esos reclutas de las medias brigadas provisionales llevados á Amberes, mezclados unos con otros, casi sin oficiales, con una artillería formada apenas y haciendo cara á las huestes de Moore acostumbradas á habérselas con las tropas del antiguo ejército, de fijo se dejarían batir y ofrecerían á la expedición inglesa un objeto que pronto tendrá si como espero no ha apresado la escuadra, ni tomado á Amberes, como sé de positivo. No hay que oponer á los ingleses mas que la fiebre, que en breve los devorará á todos, y soldados guarecidos con las trincheras y las inundaciones, que puedan al mismo tiempo irse organizando é instruyendo. Antes de un mes se retirarán los ingleses confundidos, diezmados por las calenturas, y yo habré ganado con la expedición un nuevo ejército de ochenta mil hombres, que me prestará los mayores servicios si continúa la guerra de Austria.»

En consecuencia mandó Napoleón al general Monnet que defendiese á Flesinga hasta el último trance, con objeto de detener á los ingleses todo lo posible en la región de las fiebres y dar tiempo á que se completase la defensa de Amberes. Prescribióle formalmente que no tardase un momento en romper los diques y anegar la isla entera de Walcheren: mandó en seguida que la escuadra remontase el río hasta Amberes ó más arriba, si aún no lo había hecho; que se inundasen sólo los puntos necesarios; que se evitase absolutamente el obstruir los canalizos con cascos de navíos, porque no quería inutilizar el Escalda proponiéndose defenderle; que se reuniesen en Amberes á las órdenes de Bernadotte las medias brigadas provisionales, los guardias nacionales escogidos del general Rampón, los batallones de depósito que estuviesen disponibles, el cuerpo de gendarmes del mariscal Moncey y los holandeses del rey Luis, todos los cuales podían constituir un ejército de veinticinco mil hombres, que debía acuartelarse en torno de Amberes al abrigo de los diques y de las inundaciones, haciendo la plaza inaccesible, pero sin presentar batalla, por cuanto bastaba la fiebre sola para vengarle de los ingleses; que se formase además de ese ejército otro, compuesto exclusivamente de guardias nacionales, distribuído en cinco legiones mandadas por otros tantos senadores militares antiguos, el cual ocupase desde la Cabeza de Flandes (arrabal de Amberes) hasta la isla de Cadzand para guardar la orilla izquierda del Escalda, en caso de que los ingleses tratasen de invadirla; que se organizase lo mejor posible este nuevo ejército, llamando á él, no oficiales reformados de los que habían servido á la república, sino oficiales sacados de los depósitos de infantería, y señaladamente á los mayores, que eran casi todos excelentes; que se reuniese material y personal para ochenta bocas de fuego, lo cual facilitaba dejando en Francia diez compañías de artillería de las que había pedido; que se pusiese final-

(1) Expresión textual de Napoleón. Lo que sigue es un fiel análisis de cien cartas suyas admirables sobre la expedición de Walcheren. He creído conveniente publicar algunas de ellas, que hallará el lector al fin del libro, para manifestar el juicio que formó Napoleón de esta célebre expedición, y cuánto difiere este juicio del que generalmente se le ha atribuido. (N. del A.)

mente este segundo ejército bajo las órdenes del general Bessieres, ya restablecido de la herida recibida en Wagram, con cuya lealtad y abnegación contaba y á quien se holgaba de poder poner al lado del príncipe Bernadotte para que coadyuvase con él y le observase. Convencido Napoleón de que no se consigue nunca sino la mitad de lo que se manda y retribuye, quiso á toda costa agregar á estos dos ejércitos otro más, acuartelado en el Mosa procedente del Rhin, compuesto de algunas medias brigadas destinadas antes á pasar el Danubio. Tenía ya un número considerable de soldados de los hospitales, de los depósitos de Italia y de las medias brigadas procedentes de Estrasburgo y embarcadas en el Danubio, que habían ya ingresado en el ejército de Alemania y vuelto á ponerle en excelente pie; podía por lo tanto aborrazar parte de los recursos que había pedido, y en consecuencia mandó detener en Estrasburgo todos los cuerpos organizados, como por ejemplo las medias brigadas, llevarlos al Mosa por el Rhin, no enviar á Viena más que los meros destacamentos á propósito para rehacer los batallones y empujar á formar en Maestricht bajo la dirección del mariscal Kéllermann un cuerpo de diez mil hombres de todas armas para cubrir el flanco al mariscal Bernadotte en Amberes. Calculando el cuerpo de Bernadotte en treinta mil hombres, el de Bessieres en cuarenta mil y el de Kéllermann en diez mil, esperaba Napoleón tener en Flandes un ejército de ochenta mil combatientes, entre ellos cincuenta mil por lo menos regularmente organizados, que se fueran instruyendo brevemente, y á cuya cabeza iría tal vez á ponerse de repente él mismo en persona, si se presentaba ocasión de armar una buena celada á los ingleses. Deteniendo á éstos en aquel laberinto de islas, pantanos y brazos de mar, no deseaba de poder reunir á las fiebres endémicas del país alguna combinación feliz que les hiciese pagar cara su inmensa expedición: de suerte que en vez de apesadumbrarse por una tentativa que en su esencia ponía á descubierto, según ya hemos observado, uno de los flacos de su política, holgábase de ella porque le ofrecía la probabilidad de conseguir un ruidoso desquite y la formación de un nuevo ejército á más de los que ya tenía.

Colmados fueron la satisfacción de Mr. Fouché y el bochorno de Clarke y Cambaceres al recibirse en París estas instrucciones; sin embargo, todos se esmeraron en coadyuvar lo mejor posible á las intenciones de Napoleón. Mr. Fouché había ya en cierto modo tocado á rebato para la formación de las milicias nacionales. Había empezado llamando á la guerra nacional á diez departamentos: vista la aprobación del emperador extendió la convocación á veinte, y hasta se preparó á soliviar mayor número todavía. El Escalda, el Lys, el Mosa inferior, Jemmapes, las Ardenas, el Marne, el Aisne, el Norte, el paso de Calais, el Soma, el Sena inferior, el Oise, Sena y Oise, el Sena, Sena y Marne, el Aube, el Yone, el pequeño Loira, Eure y Loira y el Eure, todos estos departamentos fueron concitados para que enviasen sus contingentes de guardias nacionales. Convocaron los prefectos á los alcaldes (*maires*), y organizaron una especie de conscripción voluntaria en apariencia, pero de hecho forzosa, de que sólo se eximían los que se allanaban á poner en su lugar, pagando

un tanto diario, á los jornaleros sin trabajo ó á los vagos que se sabía cómo ocupar. Hubo, en efecto, muy pocos ciudadanos que llevasen su celo hasta el punto de prestarse personalmente á un servicio que se miraba como una nueva forma de la conscripción. Inspiraba pocos temores la expedición inglesa á unos, y otros sólo la imputaban á la falsa política que dejaba desiertas las fronteras francesas para invadir extrañas naciones. En los departamentos belgas por su mal espíritu y en los del centro y Mediodía por lo poco que á tan larga distancia alarmaba el peligro, hubo poca voluntad para acudir á las armas. Sólo en los antiguos departamentos más cercanos á la raya del Norte y al litoral y en los cuales se mantenía siempre vivo el odio á los ingleses, se dieron muestras de entusiasmo. Ya éstos habían dado al general Rampón compañías escogidas de soldados veteranos; ahora volvieron á dar hombres para los nuevos cuerpos que quería formar Napoleón. Obrando Mr. Fouché revolucionariamente no vaciló en gravar el presupuesto del ministerio de lo Interior con dispendios cuantiosos para el equipo de los guardias nacionales. Uniendo á su celo el deseo de figurar desplegado una actividad que al cabo pareció sospechosa por exceder de los límites de lo útil y necesario. En París principalmente causó extrañeza su fervorosa oficiosidad porque esta gran capital, acostumbrada á pasar repentinamente del entusiasmo á la burla, había cambiado de opinión con respecto á Napoleón desde la guerra de España. Tener á los ingleses tan cerca mientras la Francia dominaba en Madrid y Viena, tener al papa prisionero en Roma después de haberle agasajado tanto en la catedral de Nuestra Señora, eran cosas que demostraban una inconsecuencia que ya nadie trataba de disculpar. Según los boletines de la policía (1), París estaba enteramente desconocido hacía un año, y, cosa deplorable dimanada del abuso de la guerra, Napoleón había cansado de tal manera á los patriotas, que ya circulaban clandestinamente en toda la ciudad los mentidos partes del archiduque Carlos que negaban los triunfos del ejército francés, no precisamente por culpable desamor á la patria, sino porque, sin dudar del genio de Napoleón, se empezaba á desconfiar de su fortuna, y porque él mismo había dado ocasión á que renaciese el peligroso gusto por la crítica. Por estas causas le había sido muy difícil á Fouché mover á la juventud á pesar de su natural afición á caballos y uniformes, y organizar unos cuantos batallones de guardia nacional en París. Había tenido que recurrir á la promesa de formar una guardia de honor, que escoltase la persona del emperador sin separarse mucho de las fronteras, y hasta se había visto precisado á pagar gente ociosa para completar sus filas. Entregóse luego al placer de revistarlos, placer peligroso que había de costarle muy caro más adelante, mientras el ministro de la Guerra Clarke entendía por su parte en más graves tareas. Éste al recibir las cartas de Napoleón había hecho llamar al príncipe de Ponto Corvo, y enviádole á Amberes. Ya las

(1) Aún se conserva la colección de estos boletines á pesar de que Fouché mandó inutilizar todo lo perteneciente á la policía. Existe entre los papeles de Napoleón, y revela la singular mudanza ocurrida en la opinión desde el año 1809, por lo mucho que la guerra de España había cambiado la faz del imperio.

(N. del A.)

medias brigadas disponibles se aproximaban al Escalda; la gendarmería reunida por obra del mariscal Moncey había suministrado dos mil caballos; la artillería dejaba los caminos de Alsacia para tomar los de Flandes y ya los medios de defensa empezaban, aunque con bastante confusión, á acumularse en los puntos antes desguarnecidos de Amberes, Cabeza de Flandes, Sas de Gante, Breskens é isla de Cadzand.

Felizmente los ingleses habían aprovechado muy poco el tiempo transcurrido. Habían por fin reunido todas sus fuerzas de mar y tierra en el Escalda oriental. Su escuadra estaba repartida en los diversos canales que separan la isla de Walcheren de las islas de Beveland Norte y Sur: sus tropas estaban acampadas en la isla de Walcheren en torno de Flesinga, y en la de Beveland Sur alrededor del fuerte de Batz. No creían poder adelantar con seguridad sin abrir á su escuadra el paso del Escalda occidental con la expugnación de Flesinga, lo cual debía ponerles en situación de llevar por mar todo su ejército hasta Batz y Santvliet. Merced á esta determinación, habían invertido los primeros días de agosto en hacer trabajos de aproximación delante de Flesinga y consagrado á ellos sus mejores tropas. El general Monnet, que había sido asistido, como dejamos dicho, con dos mil hombres de diversos regimientos, principalmente con dos batallones franceses, uno del 48 y otro del 65, los empleó en disputar al enemigo el terreno mejor que en los primeros días. Las tropas que nuevamente se le enviaron eran, aunque bisoñas, muy pundonorosas, y cumplían mejor sus deberes que la gente colecticia y extranjera que antes cubría la guarnición de Flesinga.

Después de haber perdido unos mil doscientos ó mil quinientos hombres, hallábase el día 10 de agosto estrechado á tal punto dentro de la plaza, que sólo tenía comunicación por su derecha con el punto de Rameskens, por el cual había intentado romper los diques con arreglo á las órdenes perentorias de Napoleón. Pero ya por no subir la marea lo necesario, ya por no estar dispuesto el terreno á recibir la inundación, entró muy poca agua en la isla, y los ingleses acampados en lo más alto de las calzadas pudieron permanecer sobre Flesinga, donde estaban alzando baterías para rendir la ciudad á impulso de un torrente de fuego. Aquel momento era crítico para la defensa, porque el general Monnet carecía de casamatas donde pudieran guarecerse sus tropas. Tenía en la ciudad una población poco dispuesta á favorecer á la Francia, como todas las poblaciones marítimas, y en la guarnición tenía una tercera parte de franceses poco aguerridos, aunque leales, y todo el resto de extranjeros, verdaderos bandidos que sacaban partido del desorden consiguiente á un sitio para saquear y exasperar al vecindario. No podían darse peores condiciones para sobrelevar con constancia las calamidades que se anunciaban.

Conformándose los ingleses á los buenos principios que rigen el ataque de las plazas fuertes, habían resuelto emplear toda su artillería á la vez. Por una parte procuraban levantar sus baterías incendiarias, y por otra introducir en el canalizo de Deurloo un destacamento de la división Gárdner que se componía de navíos de línea y fragatas, con objeto de bombardear la plaza por mar y tierra á un mismo tiempo. Habían ya conseguido

rodearla por lo interior siguiendo el Weere-Gat y bajando al Sloe.

El 11 de agosto, después de grandes obstáculos para penetrar, por falta de pilotos y por estar ya quitadas todas las balizas, empezaron las fragatas á introducirse en el canalizo de Deurloo y á desfilar por delante de Flesinga dirigiendo contra sus muros un cañoneo á que respondieron los sitiados vigorosamente. Verificaron su reunión con los buques de menor porte que habían bajado por el Sloe hasta Rameskens: el 12 entraron en el paso los navíos en pos de las fragatas, y al punto el general inglés, intimando la rendición á Flesinga, hizo jugar á un tiempo las baterías de mar y tierra. Nunca se vieron disparar tantas bocas de fuego en tan pequeño espacio: las baterías de tierra artillaban más de sesenta piezas de grueso calibre entre cañones de á veinticuatro y morteros. La división de navíos, fragatas y bombardas que entró por el paso de Deurloo tenía de mil á mil y cien buques, que no cesaban de arrojar balas, bombas y granadas. Al cabo de veinticuatro horas de espantoso cañoneo la ciudad se convirtió en una inmensa hoguera: todos los edificios estaban agujereados, todos los tejados deshechos; los habitantes lanzaban gritos de desesperación; las baterías que miraban al mar respondían con violencia y hacían en la escuadra británica grandes destrozos. Pero como ésta era tan numerosa, siempre tenía buques de repuesto para poner en línea en lugar de los buques destrozados, y además, como podía moverse libremente, se colocó en disposición de enfilar nuestras baterías de costado. No podía prolongarse mucho el tiroteo sin que quedaran todos nuestros artilleros fuera de combate. Ya el 14 la mayor parte de ellos estaban inutilizados. Se había procurado substituirlos con soldados de línea, pero éstos carecían de experiencia y además casi todas las piezas estaban desmontadas. Viendo el 14 el general inglés que los fuegos de la plaza casi habían cesado, concedió una breve suspensión para que se le intimase la rendición de nuevo; mas no habiendo recibido respuesta inmediata volvió á romper el fuego. La renovación del cañoneo puso á Flesinga en estado de no poder continuar la resistencia; nuestras descargas habían cesado de todo punto, porque todas nuestras baterías sin excepción estaban destruídas. Las tropas, exceptuados los franceses, que eran los menos, rehuían el servicio y sólo se ocupaban en robar. El vecindario, consternado al ver deshecha parte de la muralla, pedía la rendición temeroso del asalto, y el general Monnet en aquel aprieto consintió capitular, firmando la rendición de la plaza el 16 de agosto. Aunque para las capitulaciones no debe por regla general haber disculpa, fuerza es reconocer que en aquellas circunstancias era imposible defenderse más tiempo; que la resistencia no hubiera hecho más que retrasar veinticuatro horas la rendición, exponiendo á la guarnición y al vecindario á todos los desmanes de un asalto, y por último que, aun capitulando el general Monnet, había inutilizado completamente la expedición británica, contentiendo al enemigo por espacio de diez y siete días sobre Flesinga, después que el general Rousseau había estorbado el desembarco en la isla de Cadzand.

Tomada la plaza de Flesinga, había que avanzar inmediatamente á Amberes; pero esta operación era ya

más delicada y peligrosa, puesto que se trataba de atravesar por el mismo territorio francés, atajado con vastas inundaciones, para ir á poner sitio á una plaza considerable, provista ya de abundantes medios de defensa. Si en aquella sazón no hubiese faltado la decisión que había al principio, lo más sencillo hubiera sido desembarcar todas las tropas con sus pertrechos en las islas de Beveland Norte y Sur, atravesarlas á pie enjuto, como lo había hecho la división Hope para ir á tomar el fuerte de Batz, y marchar en derechura sobre Santvliet sin perder la ocasión de internar en los dos Escaldas el inmenso número de navíos, fragatas y transportes que llevaba la expedición. Ocurrió sobre esto un grande altercado entre los dos comandantes de los ejércitos de mar y tierra, como suele acontecer en todas las expediciones en que concurren fuerzas de naturaleza tan diversa. El almirante, que quería desembarcar inmediatamente para trasladarse por tierra á Batz, encarecía la dificultad de llevar por los dos Escaldas, arrojando los fuegos de las baterías que aún les quedaban á los holandeses y franceses, y por entre bajos desconocidos, una multitud de buques de guerra y de transporte, que con las barcas cañoneras pasaban de mil trescientos, y de halarlos para subir contra las corrientes, lo cual exigía un número de días indeterminado; al paso que desembarcando inmediatamente podía irse á Batz en cuarenta y ocho horas. El que mandaba las fuerzas de tierra quería por el contrario depositar todo el material de guerra en Batz ó en Santvliet, alegando la imposibilidad de recorrer con aquellos embarazosos pertrechos unos terrenos cortados por tantos brazos de mar, canales y diques para internarse en los dos Escaldas. Éste ponderaba principalmente la necesidad de tener medios de pasaje para cruzar el canal de Berg-op-Zoom y trasladarse de la isla de Beveland Sur al continente en que está situada Amberes. Es probable que el general sobre quien pesaba la responsabilidad de la empresa de tierra no sintiese ver aplazada una expedición que le causaba miedo ahora que tenía que marchar por tierra del imperio.

Después de un grande altercado, habiendo exigido el general conde de Chatam, al cual tocaba decidir el modo de emplear su ejército, que se condujesen sus tropas y pertrechos por agua hasta Batz y Santvliet, el almirante al fin no tuvo más remedio que ceder y emprender la introducción de aquel inmenso armamento en los dos Escaldas. Así en efecto trató de hacerlo introduciendo en el Escalda oriental los buques de pequeño porte y en el occidental los mayores, como las fragatas y los navíos; pero tenía que esperar todos los días la subida de la marea, haciéndose remolcar ó halar desde la orilla cuando el viento no le era propicio. Desde el 16 de agosto todos los marinos de la escuadra se dedicaron á esta penosa maniobra.

Llegó entretanto á Amberes el día 15 el príncipe de Ponte-Corvo, cuando más falta hacía su autoridad. El rey Luis, que en medio de aquella confusión de gente aturrida y de tropas apenas organizadas no sabía qué consejo tomar, se apresuró á entregar el mando al príncipe mariscal, y se retiró á Berg-op-Zoom, y de aquí á Amsterdam, para atender á la seguridad de sus propios Estados. Dejó sin embargo entre Santvliet y Berg-op-Zoom sus cinco mil holandeses á disposición del maris-

cal Bernadotte, el cual podía incorporarlos á sus tropas.

Al llegar el mariscal encontró tres medias brigadas ya reunidas, varios cuartos batallones sacados de la vigésima cuarta división militar, un batallón polaco, tres ó cuatro mil guardias nacionales escogidos, cerca de dos mil gendarmes de caballería, unos mil jinetes procedentes de los depósitos y varias compañías de artillería, formando entre todo veintitantos mil hombres sobre las armas, de los cuales había doce ó quince mil capaces de presentarse en línea, con veinticuatro cañones malamente servidos. Mal papel hubieran hecho seguramente semejantes tropas ante el ejército inglés, sobre todo si éste hubiera tenido un general como el que le mandaba en España; pero al amparo de las inundaciones del Escalda y de los muros de Amberes, y bajo el mando de un mariscal avezado á la guerra, que les inspiraba confianza, eran muy suficientes para frustrar el ataque que se preparaba. Verdad es que la confusión reinaba en la ciudad, y que tomada ya Flesinga, todavía era favorable el momento, teniendo un poco de audacia, para marchar sobre Amberes, donde el enemigo podía entrar el 17, cuando el mariscal recién llegado y sin conocimiento de la plaza ni de su ejército aún no podía encargarse del mando. El triunfo, fácil el 1.º de agosto y no habiéndose detenido á tomar la plaza de Flesinga, era difícil el 16 después de la expugnación, cuando había ya en Amberes fuerzas considerables, aunque mal organizadas, municiones y caudillo; y de difícil iba por grados haciéndose imposible, porque además de que las fuerzas tenían que aumentar incesantemente, se habían de ir organizando, lo que era aún más importante.

Efectivamente, el mariscal Bernadotte, procediendo de concierto con dos hombres tan sensatos como el almirante Missiessy y el comandante de ingenieros De-caux, completó las disposiciones tomadas para el caso en que los ingleses avanzasen sobre Amberes. Los fuertes de Lillo y Liefkenshoek se pusieron enteramente en estado de defensa, rodeándolos de inmensas inundaciones. Dos estacadas protegían la escuadra detrás de estos fuertes, y á la parte de acá una numerosa escuadrilla recorría las orillas del Escalda para cubrirlas cuando llegase el caso con sus fuegos rasantes, de manera que los dos navíos de la escuadra, libres en sus movimientos y no teniendo ya brulotes que temer, podían coadyuvar á la defensa de Amberes con ochocientas ó novecientas piezas de grueso calibre. Por último, la plaza, cuyos contornos iba á cubrir una vasta inundación, se iba defendiendo con trincheras, empalizadas y baterías y llenándose de tropas. Revistábalas el mariscal Bernadotte, las organizaba, las acostumbraba á tener delante al enemigo, empezaba á inspirarles confianza en sí mismas, y ponía corriente la artillería, mientras por la parte de atrás, desde la Cabeza de Flandes hasta Brujas, se formaban numerosos cuerpos de guardias nacionales destinados á componer el ejército del mariscal Bessieres. El valiente general Rousseau, con una de las medias brigadas que le habían enviado, defendía todos los accesos de la isla de Cadzand y la orilla izquierda del Escalda.

Después de invertir diez y siete días en la toma de Flesinga, emplearon los ingleses otros diez en poner sus mil doscientos ó mil quinientos buques dentro de los dos Escaldas, ya haciendo vela, ya á remolque. El 25

tenían entre Batz y Santvliet doscientas ó trescientas fragatas, corbetas, bergantines y barcas cañoneras, y estaban en disposición de atravesar con su ejército el canal de Berg-op-Zoom, que ya dijimos forma la unión del Escalda oriental con el Escalda occidental. Podían atravesarle, ya con sus innumerables buques, ya á vado, á la hora de bajar la marea, con agua hasta los hombros. Pero una vez pasado tenían que hacer frente en el territorio mismo del imperio á un general experimentado y un ejército cuyo número abultado por las exageraciones de los franceses y por el miedo de los ingleses se suponía llegar á cuarenta mil hombres. Ni era este el único peligro: el azote de que se había librado el cuerpo encargado de atacar á Flesinga, porque por lo general la actividad es el mejor preservativo contra las fiebres, había alcanzado no sólo á las tropas que habían bajado al Beveland Sur, sino también á la división que después de terminado el asedio de Flesinga permanecía quieta en la isla de Walcheren. La inacción y la mala agua que bebían, estancada y pantanosa, habían obrado en ellos con tanta más violencia cuanto mayor era el número de hombres reunidos. Desde el día 16 de agosto, en que se rindió Flesinga, hasta el 26, en que llegaron las fuerzas navales á Batz, cayeron atacados por las calenturas de doce á quince mil hombres, tomando en muchos de ellos el carácter de perniciosas. Morían á miles, y no se sabía dónde alojarlos por los pocos recursos que había en las islas siempre medio anegadas de la Zelandia, y en Flesinga no había tampoco techos que pudiesen guarecer á los enfermos. Después de dejar en esta ciudad algunos miles de hombres y descontando los heridos y enfermos, no quedaban para sitiar á Amberes más que veinticuatro ó veinticinco mil combatientes de un ejército de cuarenta y cuatro mil.

Viendo esto lord Chatam é intimidado por lo que se decía de los elementos de defensa reunidos á disposición del mariscal Bernadotte, celebró un consejo de guerra el 26 de agosto en Batz para deliberar sobre si convendría continuar ó no la expedición. Asistieron á este consejo todos los lugartenientes generales. En la situación á que se había llegado, era evidente que sería imposible atravesar el canal de Berg-op-Zoom á vado ni en buques y avanzar sobre Amberes sin exponerse á un desastre. Efectivamente, en la travesía habían de suscitarse obstáculos insuperables si los franceses tenían la prudencia de no presentar batalla y de oponer al enemigo solamente las inundaciones. Este debía ser impedimento suficiente para su marcha, mientras siguiesen las fiebres haciendo estragos y reduciendo de veinticuatro á veinte mil hombres, ó quizás á quince mil, el ejército de operaciones. En este caso, si se les frustraba la tentativa contra Amberes, como todo parecía indicarlo, ¿cómo harían para retirarse delante de los franceses, que dejarían apresuradamente sus trincheras para perseguir al ejército enemigo, desmoralizado por las fiebres y el desengaño? A lo más que podían aspirar era á reparar sin descalabro el canal de Berg-op-Zoom.

Estas razones eran decisivas: si en 1.º de agosto tenían los ingleses todas las probabilidades de triunfar, si el 16 conservaban todavía algunas, ya el 26 no tenían una sola ni podían sin locura llevar más adelante la expedición. Tenían, pues, que contentarse con la conquista de Flesinga: conquista que no podían conservar